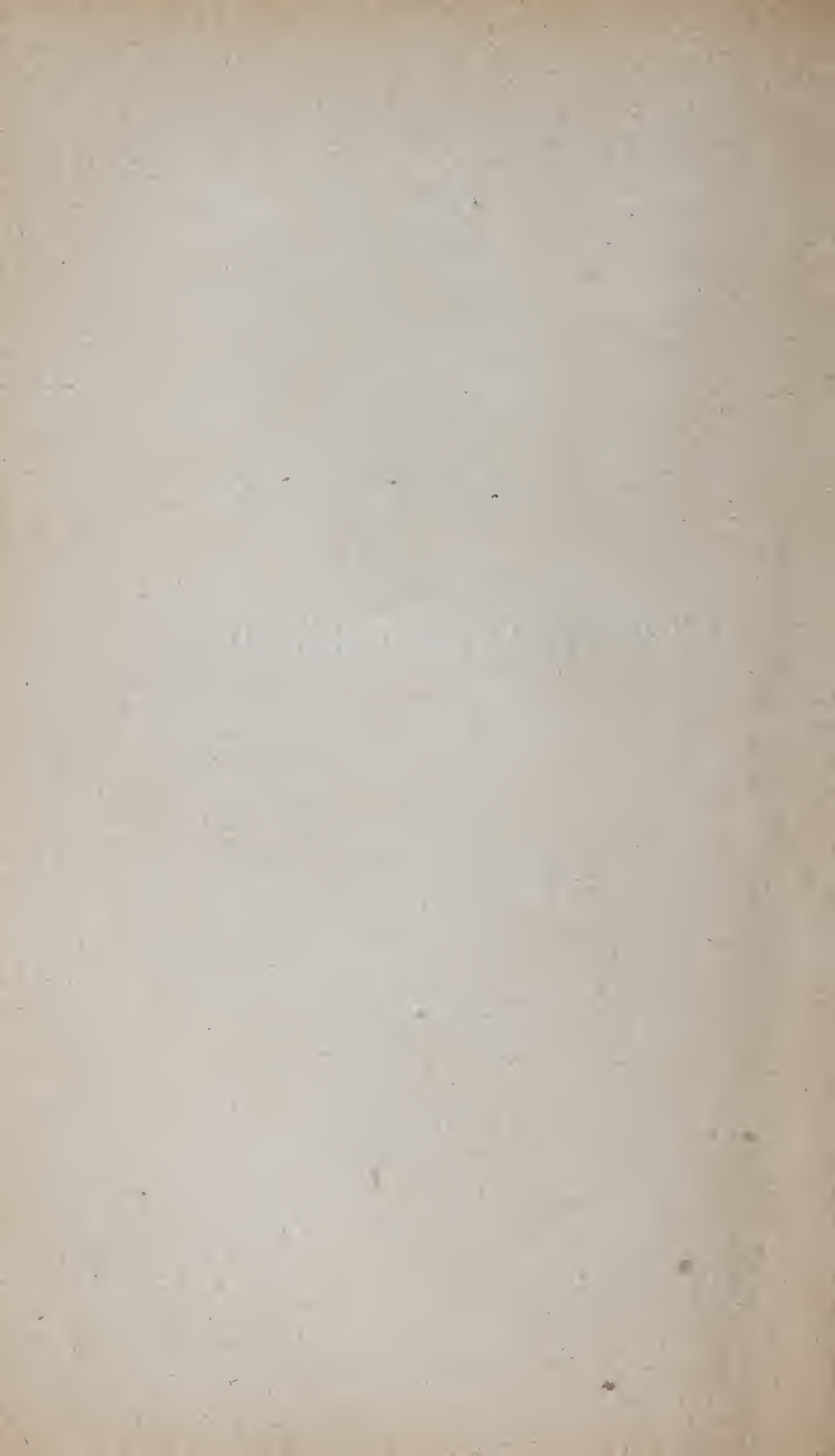


Fuerra de sus cabellos



LA TRENZA DE SUS CABELLOS



LA

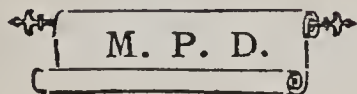
TRENZA DE SUS CABELLOS

DRAMA EN CUATRO ACTOS

DE

DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ

Este drama fué aprobado para su representacion por la Junta de censura
de los Teatros del reino en 30 de Junio de 1849



MADRID

IMPRESA DE DON CIPRIANO LOPEZ

Cava-baja, núm. 19, bajo

Marzo 1856

717861

PERSONAJES

ACTORES

Doña Inés	DOÑA MATILDE DIEZ.
Beatriz	DOÑA MICAELA DURÁN.
Don Juan	DON JULIAN ROMEA.
El Doctor	DON FLORENCIO ROMEA.
El Baron	DON PEDRO N. DE SOBRADO.
El Conde	DON LÁZARO PÉREZ.
Criados.	

Reinado de Felipe IV

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripcion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO

Terrado en la casa del Conde; puertas á derecha é izquierda; en el foro una galería semicircular con barandilla, y entradas y salidas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE y EL DOCTOR

CONDE. Sí, sí, Doctor... hay misterio.

DOCTOR. Podrá ser; pero, señor,
yo no lo encuentro...

CONDE. Si hubiérais
observado como yo,
os prometo...

DOCTOR. El señor Conde
se fundará en tal razon...

CONDE. ¿Razon? Su melancolía,
que cada vez es mayor.

DOCTOR. Siempre fué contemplativo;
desde una edad muy precoz
sabeis que á graves estudios
con hondo afan se entregó.
Las ciencias, la teología
investiga con ardor,
y vos tomáis por tristeza
lo que sólo es abstraccion...
Vereis cómo con el tiempo
es todo un siervo de Dios.

- CONDE. El os inspire. Le amo
con todo mi corazon;
sus nobles padres murieron;
su lugar ocupé yo,
y no he de contrariar
tan sagrada vocacion.
Pero don Juan ha seis meses
con entusiasmo me habló
de ir á Roma y recibir
del Vicario del Señor
las órdenes...
- DOCTOR. ¿Y no ha vuelto
á hablaros del viaje?
- CONDE. No.
- DOCTOR. Y bien; ¿de eso qué inferís?
- CONDE. Tened en cuenta, Doctor,
que mi hija hará seis meses
que á nuestro lado volvió.
- DOCTOR. Es cierto.
- CONDE. ¿Y nada os revela
su continua reclusion,
lo triste de su mirada
y su perdido color?
- DOCTOR. ¿Qué, señor Conde, pensais
que haber pueda entre los dos...?
- CONDE. Nada que en agravio sea
de nuestra fama y honor.
Los conozco; sé que ambos
de virtud modelo son,
y puros sus corazones
como la esencia del sol.
Mas si se aman... si el labio
escrúpulos del pudor
cierra, y cada cual se obstina
en devorar su pasion...
Esto, Doctor, será horrible.
- DOCTOR. Muy horrible... Pero yo
no encuentro en vuestras razones
la misma fuerza que vos.

Mi señora doña Inés
 su edad primera pasó
 en un convento; á las madres
 se debe su educacion,
 y há un año recordareis
 que con devoto fervor
 quiso consagrarse al claustro
 y sus cabellos cortó.

Esto prueba que al retiro
 tiene cierta inclinacion...
 que no dudo que atenúe
 la corte con su esplendor.

CONDE. ¡Plegue al cielo! Sin embargo,
 será bien que desde hoy
 velemos por su reposo
 con la mayor atencion.

¡Oh! Quiero verlos felices;
 que ignoren lo que es dolor,
 si es posible, y para esto
 teneis que ayudarme vos.

DOCTOR. Mandad, señor, que en su dicha
 cifro tambien mi ambicion.

CONDE. Ved á don Juan; vos teneis
 mayor influjo que yo
 con él... Me tiene respeto,
 pero á vos os tiene amor.
 Habladle; que con franqueza
 os abra su corazon,
 y si al penetrar en él
 encontrais que mi temor
 es cierto, podeis decirle
 que voy de su bien en pos,
 que no sufra, y que me hable,
 que yo no soy un Neron.

DOCTOR. Generoso como pocos
 sois, señor Conde.

CONDE. No, no...
 cumplo con esto un deber;
 de don Juan soy el tutor.

Ahora, Doctor amigo,
ya que sois de mi opinion,
convendrá que á doña Inés
examine...

DOCTOR. Al confesor
dejaré á solas.

CONDE. ¿Quereis
pasar á su habitacion
y decirla que la espero?

DOCTOR. ¡Oh! Sí...

CONDE. Perdonad...

DOCTOR. Señor...

(Se retira por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

EL CONDE y despues UN CRIADO

CONDE. Descubrir quiero este arcano;
puede que esté en un error,
y entonces los dejaremos
á su predestinacion.
Grave empresa me propongo...
¡leer en el interior!...
pero Dios me ayudará
en gracia de la intencion.

CRIADO. (Sale.) ¿Señor?

CONDE. ¿Quién?

CRIADO. El rey os llama
con urgencia.

CONDE. Al punto voy, (Váse el Criado.)
que no es noble el que no acude
de su monarca á la voz.

(Al disponerse á partir sale don Juan por la izquierda de
la galería.)

ESCENA III

DON JUAN y EL CONDE

CONDE. ¡Oh, don Juan! ¿Cómo os sentís?

JUAN. Bien, señor Conde.

CONDE. Por Dios,
que me teneis afligido
con tanto estudiar...

JUAN. Señor,
como siempre...

CONDE. Es que ahora os veo
abatido, y no es razon
que por saber demasiado
nos deis un pesar atroz.

JUAN. ¿Vais á salir?

CONDE. Sí; me llama
el rey. ¿Quereis algo?

JUAN. No.

CONDE. Pues no olvideis lo que os digo;
alegraos, que en derredor
teneis muchos que padezcan,
si á padecer llegais vos.
¡Eh, don Juan!... No están reñidos
la ciencia y el buen humor.
(Váse por la derecha.)

ESCENA IV

DON JUAN

JUAN. ¡La ciencia... vana ilusion!
Sabiduría, ¿do hallarte?
¿Adónde se aprende el arte
de vencer el corazon?
Le busco ¡ay Dios! con afan;
las sombras su luz me vedan,
y largas noches me quedan

y alegres días se van.
 Si no alcanzo á esclarecer
 mi círculo tenebroso;
 si no da al seno reposo,
 ¿de qué me vale el saber?
 Con él allá en mi profundo
 retiro en la noche y día,
 defendido me creía
 de las pasiones del mundo;
 pues admitiendo un error,
 no esperé ¡negra fortuna!
 que hubiera pasión ninguna
 á su influjo superior.
 ¡Qué necia credulidad!
 Y por fuerte me tenía
 al propio tiempo que hacia
 esclava á mi voluntad!
 ¿Estos los grandes trofeos
 son que la ciencia promete?
 ¿Qué somos aquí? Juguete
 de nuestros locos deseos.
 ¿Mas qué humana fortaleza,
 qué cimentado reposo
 vencen á un ángel hermoso
 de inmaculada pureza?
 (Mirando á la izquierda.)
 ¡Cielos, ella!... Se encamina
 á este sitio... El campo cedo...
 Quisiera huir, y no puedo;
 su mirada me fascina.

ESCENA V

DOÑA INÉS y DON JUAN

INÉS. Pensaba encontrarle aquí...
 don Juan, ¿mi padre?

JUAN. Salió;
 su majestád le llamó...

- INÉS. Perdonad.
- JUAN. ¿Y ya os vais?
- INÉS. Sí.
- JUAN. ¿Huís de mí, doña Inés?
- INÉS. ¡Huir de vos!
- JUAN. Sí, tal creo;
há dos dias que no os veo.
- INÉS. No, no, don Juan, hace tres.
- JUAN. ¿Tres? Cierto; pero así dais
más fuerza á las quejas mias;
sin vernos hace tres dias,
os miro apenas, y os vais.
- INÉS. Al estudio consagrado,
lo cultivais con fortuna,
y por no ser importuna
me alejo de vuestro lado.
- JUAN. ¡Importuna!... La mision
que me he propuesto cumplir
me obliga del mundo á huir
de su pompa y presuncion.
Mas esta solicitud
no alcanza á vos, porque el cielo
os tiene aquí por modelo
de la más pura virtud.
- INÉS. Ved, don Juan, que exagerais;
jamás al cielo ofendí,
pero, en verdad... (¡ay de mí!)
no valgo lo que pensais.
- JUAN. Sé tambien que sois dechado
de modestia...
- INÉS. No he mentido.
- JUAN. Bien, doña Inés; tengo oido
que vais á tomar estado.
- INÉS. Inciertas las nuevas son;
ninguno mi fe procura.
- JUAN. ¿Ninguno? Pues se asegura
que os solicita el Baron.
- INÉS. ¡El Baron!
- JUAN. Sí. ¿Qué os sorprende?

- No dije más que su nombre...
- INÉS. Esto, don Juan, no os asombre,
pues su recuerdo me ofende.
- JUAN. Por qué lo digais, no sé...
- INÉS. Ni en ello penseis tampoco...
Ese Baron es un loco
á quien ya desengañé.
Libre está mi corazon...
á nada en la tierra aspiro...
tal vez el claustro... al retiro
tengo tambien vocacion.
- JUAN. ¿En ello insistís?
- INÉS. Sí á fe.
Antes el siglo dejaba
porque... lo que era ignoraba;
ahora... porque lo sé.
- JUAN. ¿Porque lo sabeis... escucho?
Sois aun muy jóven, señora.
- INÉS. ¡Ay, don Juan, que en una hora
se puede aquí vivir mucho!
¿Ignorais que el pensamiento
suele no tener edad?
- JUAN. Tal vez... ¿Pero con verdad
me decís lo del convento?
- INÉS. ¿Os extraña?
- JUAN. ¡Sí, por Dios!
¡Que á todo así renunciéis!
- INÉS. Dentro de poco, ¿no ireis
tambien á un convento vos?
¿Y no sois jóven?
- JUAN. Y bien;
¿qué es lo que dejo en el mundo?
- INÉS. ¿Y yo?
- JUAN. El cariño profundo
del buen Conde.
- INÉS. Vos tambien.
- JUAN. Yo, á los de Dios olvidados,
á nuestro Dios volveré.
- INÉS. Al cielo yo pediré

- por los que son desgraciados.
- JUAN. Y ese extremado fervor,
decidme, ¿quién os lo envía?
- INÉS. Eso, don Juan, yo os diría
si fuéreis ya confesor.
- JUAN. ¡Sí, sí, callad! (Pierdo el tino,
de mis afectos llevado.
¿Me habeis de vos arrojado,
Señor? ¿Cuál es mi destino?)
¡Dios guie el vuelo que toma
vuestro puro pensamiento!
¿Cuándo volveis al convento?
- INÉS. Cuando salgais para Roma.
- JUAN. Es que acaso no saldré.
- INÉS. ¡Que no saldreis! ¿Por ventura
renunciáis á la clausura?
- JUAN. ¡No sé, doña Inés, no sé...
ni explicároslo podría!...
Abandonado á mi instinto,
soy confuso laberinto
donde vaga el alma mia.
- INÉS. No os comprendo.
- JUAN. Ni intentéis
comprenderme... perdonad...
necesito soledad...
mañana de mí sabreis...

ESCENA VI

DOÑA INÉS

- INÉS. ¡Qué inquietud, supremo Dios!
¿Quién ¡ay! nuestras lenguas ata?
¿Qué amor es este que mata?
¿Por qué al hallarnos los dos,
aparentando desvíos,
ó bien él fingiendo enojos,
no se atreve á alzar sus ojos
ni yo tampoco los míos?

¿A quién tememos? La calma
 á los dos nos ha dejado...
 mas... este amor, ¿no ha brotado
 de lo profundo del alma?
 Porque este amor... ¡Oh! Sí;
 nunca hablamos de este afan...
 mas yo comprendo á don Juan
 como él me comprende á mí.
 ¿Será que su inteligencia
 con el corazon batalle?
 ¿Será que ante amor estalle
 indignada su conciencia?
 A consagrarse iba á Dios...
 pero, ¿acaso le ofendemos?
 ¿Amar á Dios no podemos
 en santo nudo los dos?
 Tal vez, de mi afan llevada,
 su vocacion avasallo...
 ¡Resuelva el cielo! Su fallo
 acataré resignada.
 A verle no vuelvo, no;
 prefiero este sufrimiento
 al menor remordimiento...
 Mas... ¿Quién es?

ESCENA VII

DOÑA INÉS y EL BARON

BARON. Señora, yo.
 INÉS. ¿Vos otra vez?
 BARON. Perdonad;
 no olvidé vuestros consejos,
 mas no puedo vivir lejos
 de vuestra rara beldad.
 INÉS. Ya os dije, señor Baron...
 BARON. Recuerdo; no os molesteis.
 INÉS. Entonces, ¿por qué volveis?
 BARON. Insisto en mi pretension.

- INÉS. Ved que es mucha pesadez;
si vos dais en insistir...
os volveré á repetir
lo que ya os dije otra vez.
- BARON. El tiempo todo lo alcanza;
tal vez de opinion mudeis,
y para que os sirva deis
á mi fe grata esperanza.
- INÉS. ¡Oh... que esto ya es por demás!
¿Qué sueña vuestro despecho?
¿Os he dado yo derecho
para esperarla jamás?
- BARON. Témplese vuestra altivez,
que ofenderla no he pensado;
ya sé que me habeis tratado
siempre con harta esquivéz.
Pero, ¿tan grave delito
es al tiempo remitir
mi dicha? Del porvenir,
señora, nada hay escrito.
- INÉS. Es mi decoro ofender;
es juzgarme tan liviana,
que os he de tratar mañana
acaso mejor que ayer.
- BARON. ¿Quién sabe?
- INÉS. Señor Baron...
advierdo que habeis entrado
aquí sin haber guardado
la conveniente atencion.
No sé de esto qué pensar...
cuanto hemos dicho olvidemos,
y entended que no tenemos
á solas nada que hablar.
- BARON. ¿Eso doña Inés responde?
- INÉS. Sí, señor; esto ha de ser,
y no me volvais á ver
sino en presencia del Conde.
- BARON. Otros, bien lo sabe Dios,
os ven, señora, en su ausencia,

- y puede esta preferencia
decir mucho contra vos.
- INÉS. ¡Contra mí! ¿Quién aquí habrá
que en duda ponga mi fama?
- BARON. Mucho teme quien bien ama...
Si ello es cierto, ¿qué más da?
- INÉS. Si á lo ménos no tuviera
á falta de amor, respeto,
señor Baron, os prometo
que mi opinion defendiera
con tal fuerza y claridad
que humillara vuestra frente,
pues no hay duda ante la ardiente
santa luz de la verdad.
Mas como me importa poco
cuanto vos de mí penseis,
satisfaccion no espereis...
- BARON. Ni yo la exijo tampoco.
Dejémoslo estar así;
haya igualdad en los dos;
yo nada exijo de vos;
no exijais nada de mí.
- INÉS. Yo os exijo...
- BARON. Claro está,
que á solas no vuelva á veros...
y no podré obedeceros.
- INÉS. Pues yo os juro que será.
- BARON. ¡Callad... que jurar podeis
en vano, señora mia!
Os he de ver todavía
cuando menos lo espereis.
- INÉS. ¿Amenaza es la que escucho?
- BARON. Será lo que vos querais...
- INÉS. Pues ved que si á tanto osais,
os habrá de costar mucho.
- BARON. Aunque estais muy custodiada,
pocos temores me aquejan;
aquí los libros manejan
mucho mejor que la espada.

- INÉS. Aquí, donde ese desman
cometer os proponeis,
nobles almas hallareis
que ultrajes no sufrirán.
Esto, Baron, os lo ofrezco,
y aquí me hallareis también,
armada con mi desden,
diciendo que os aborrezco.
- BARON. ¡Veo que en vano me fatigo,
pues sois por demás severa!
Doña Inés, mejor os fuera
teniéndome por amigo.
Mas ya que me aborreceis
y me quitais la esperanza,
que tome de vos venganza
mi orgullo, no extrañareis.
- INÉS. Alarde haceis harto necio...
¿Díjeos que os aborrecia
hace un instante? ¡Mentía!
Dije mal, porque os desprecio.
Os lo juro por mi nombre...
Ved si temo vuestros rayos...
¡Hola! (Sale Beatriz.)
Haced que mis lacayos
arrojen afuera á ese hombre.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII

EL BARON y BEATRIZ

- BEATRIZ. ¿Qué ha sido?
- BARON. Nada, Beatriz...
(Se aman con todo el fuego
de los primeros amores;
los dos columbran un cielo
de evangélica ventura
acá en el jardín terreno...
¡Oh!... Pues yo sabré poner

entre los dos un infierno.)
Ya lo has oído...

BEATRIZ. Señor...

Tales palabras no acierto
á explicarme...

BARON. Es que enojada
como siempre, oyó mi ruego;
mas yo sé que arrepentida
de sus irascibles fieros,
bien pronto hará porque vuelva
al lugar de que hoy me alejo.

BEATRIZ. En hora buena esperadlo;
pero, á la verdad, me temo
que no salgais con la vuestra.

BARON. Beatriz, dejémoslo al tiempo.

BEATRIZ. Una cosa he de advertiros,
pues me interesa en extremo.
Anoche estuvo buscando
la trenza de sus cabellos;
todo lo mueve y registra;
conque ha llegado el momento
de que me la devolvais,
como ofrecísteis hacerlo.

BARON. Es verdad; á su poder,
antes de la noche, espero
que vuelva, y doblado al tuyo
del dije el pactado precio.

BEATRIZ. Quédoos muy reconocida,
pues nadie podrá saberlo.

BARON. Déjame, porque don Juan
se acerca.

BEATRIZ. Guárdeos el cielo.
¿Qué le diré á mi señora?

BARON. Que acatando sus preceptos,
he ofrecido retirarme
sin escándalo ni estruendo.

(Váso Beatriz por la puerta izquierda, y por la derecha
sale don Juan.)

ESCENA IX

DON JUAN y EL BARON

JUAN. (¿Aquí el Baron?... A este hombre,
no sé por qué... le detesto.)

BARON. Mi venerable don Juan,
mucho me huelgo de veros,
pues há tiempo carecia
de esta honra.

JUAN. Os agradezco
la que vos me dispensais.

BARON. ¿Siempre estudiando, no es cierto?

JUAN. No siempre.

BARON. Y hareis muy bien;
son nocivos los extremos;
no debeis estudiar tanto,
¡qué diablos! pues siempre es bueno
dar al mundo una ojeada
antes de ir al monasterio.

JUAN. ¡Baron!

BARON. ¡Eh!... No os sonrojeis.

Yo, pecador franco y lego,
conozco lo que es el mundo,
y en cuanto le atañe, os puedo
contar, don Juan, maravillas
y daros buenos consejos.

JUAN. Cuando de ellos necesite
acudiré...

BARON. Desde luego
venid á mí. Yo he tenido
un millon de galanteos,
y se ha cruzado mi espada
en otro millon de duelos!
He asistido á los saraos
de las gentes de abolengo,
y en ellos pude estudiar,
sin hacer un grande esfuerzo,

el humano corazon
 tal como es y Dios lo ha hecho.
 ¡Oh, la mujer... la mujer!...
 Andaos con cuidado en esto,
 porque es el sér más astuto
 con quien haberlas tenemos.
 La más honrada y más pura,
 la que os parezca un modelo
 de candor y de inocencia,
 y de virtud vivo ejemplo,
 tiene allá en el corazon
 su historia con sus misterios...

JUAN.

Me haceis daño...

BARON.

¿Qué quereis?

La verdad pura os refiero;
 ellas nos hacen tomar
 como blanco lo que es negro,
 y en fuerza de desengaños
 á distinguir aprendemos.
 Yo, que conozco sus artes,
 camino entre ellas sin riesgo,
 pues sé ocultar mis pasiones
 sin que las revele el gesto.

JUAN.

Ese estudio y esa ciencia
 no os envidio, caballero.

BARON.

Pues ved que os hace gran falta.

JUAN.

¿A mí?

BARON.

Sí tal; pues advierto
 que descubris por demás,
 en lo torvo y macilento...

JUAN.

¿Qué?...

BARON.

Que estais enamorado
 ardientemente...

JUAN.

¡Silencio!

BARON.

¡Oh! Por mí nada temais;
 no me extrañan los efectos
 del amor... y sobre todo,
 si ese amor es el primero.
 Dichoso vos que os hallais

al principio de ese bello
camino, lleno de flores,
de encantos y de tormentos!
Yo le atravesé veloz,
y tan al final me encuentro,
que es fácil que al ir al claustro
me visiteis en el yermo.

JUAN. ¿Os burlais?

BARON. Don Juan, os digo
con franqueza lo que siento.
No encuentra mi corazón
nada hermoso, nada nuevo...

JUAN. Pues... doña Inés...

BARON. Es verdad...
mi lance ha sido postrero...

JUAN. ¡Vuestro lance!

BARON. Sí...

JUAN. ¡Explicaos!...

BARON. ¡Oh, respetad mis secretos!
Tan exacto es lo que os dije,
que vine con el intento
de volverle cierta prenda
que he merecido á su afecto.

JUAN. ¡Vos prenda suya!

BARON. Y cabal;
pero al retiro dispuesto,
nada quiero que recuerde
mis pasados devaneos.

JUAN. ¿Y la volvísteis?

BARON. Aún no;
aquí conmigo la tengo.
No quisiera verla más,
ni volver á su aposento...
vos pudiérais aliviarme,
señor don Juan, de este peso.

JUAN. ¡Sí, sí! Yo la entregaré.

BARON. Me haceis un favor en ello.
Disculpadme lo mejor
que alcance vuestro talento,

pues de este modo es seguro
que ganaré en su concepto.
Adios, don Juan, sed feliz...
Sobre esta mesa os la dejo...

(Coloca sobre la mesa una cajita, y váse por la derecha.)

ESCENA X

DON JUAN

JUAN.

Oigo de ella hablar así...
¿Y de mi enojo soy dueño?
Es esto un horrible sueño...
¡Ay! Que la prenda está allí.
¡Ella amor secreto... no!
¡Prendas ella... qué locura!
Ella, la mujer más pura
que el pensamiento creó...
¿Quién eso olvidar podrá?
¿Tan fácil en la contienda
de secreto amor da prenda?
Mas, ¿qué dudo, si allí está?
Acabemos de una vez
con este dolor insano... (Se acerca á la caja.)
¿Qué será? Tiembla mi mano...
Descubramos su doblez...
y mis pensamientos bellos
tomen desde hoy nuevo giro. (La abre.)
¡Ira del cielo! ¡Qué miro!
¡La trenza de sus cabellos! (Pausa.)
Con ella un papel se encierra...
«Premio que dió á mi pasión
la hermosa Inés de Aragon.»
(Cierra de golpe la caja.)
¡Oh!... ¡No hay virtud en la tierra!
De la infamia vaya en pos.
¡Y yo que tanto la amaba,
que de mi Dios me apartaba!
¡La mano es esta de Dios!

Mi corazon se desploma
con tanto dolor y afan...
No hay esperanza, don Juan;
¡mañana... mañana á Roma!
(Guarda la caja.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoracion. El foro alumbrado por la luna

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, asomado al pretil de la galería

CONDE. Es ella... sí... la conozco,
á pesar de lo distante
que está, por lo solitaria
y la blancura del traje.
Habrá salido á gozar
de las brisas de la tarde...
pero ya se vuelve; pronto
aquí vendrá á saludarme...

(Baja á la escena y coloca sobre la mesa espada y sombrero.)

Ya mis deberes cumplí
con el rey, que el cielo guarde;
muy justo será que ahora
cumplamos con los de padre.
Por quien soy que estos muchachos
con su silencio me traen
más inquieto y pensativo
que lo que á mi edad le place.
Por eso de una vez quiero
salir de tan duro trance...
Hablémonos con franqueza

y como amigos leales.
 A sus tristezas daré
 remedios harto eficaces;
 si el amor las ocasiona,
 poco importa, que se casen;
 si es fe religiosa, Dios
 los bendiga en sus altares.
 Paréceme que he escuchado...
 no quisiera equivocarme...
 (Mirando á la derecha.)
 es ella... Sobre mi mente
 los cielos su luz derramen.

ESCENA II

DOÑA INÉS y EL CONDE

INÉS. ¡Padre y señor!
 CONDE. ¡Inés mia!
 Ya esperaba yo que, al darte
 las nuevas de mi llegada,
 volarias á abrazarme.
 INÉS. Hoy no os he visto.
 CONDE. El monarca
 quiso que le acompañase
 á correr un ciervo, y fuimos
 al soto del de Olivares.
 ¿Y tú?
 INÉS. En mi estancia bordando
 estuve, y al acercarse
 la noche, al jardín bajé
 á visitar mis rosales.
 CONDE. Siempre sola...
 INÉS. Sola, sí;
 ¿quién quereis que me acompañe
 no estando vos?
 CONDE. Pues don Juan...
 INÉS. De su aposento no sale
 casi nunca...

- CONDE. Tus doncellas...
- INÉS. Me cansan, no me distraen.
- CONDE. Comprendo bien que esta casa,
por mucho que yo me afane,
Inés, no es hoy para tí
una mansion agradable.
- INÉS. ¿Por qué, señor?
- CONDE. La respuesta
tú misma acabas de darme.
¿Ves? No estando yo, ¿se ocupa
de tus distracciones alguien?
Bien quisiera de tu lado
ni un momento separarme;
pero el rey todos los dias
me aleja de mis hogares,
y con su bondad me empeña
en multiplicados lances.
Mas aunque no fuera así,
¿qué alegría puede darte
un anciano como yo?
No se nuble tu semblante;
conozco tu fe, y espero
que nada me la arrebaté...
mas para hacerte feliz,
esto, Inés, aún no es bastante.
La vida es árida y triste
en soledad perdurable;
la juventud necesita
de otro encanto rodearse,
y es dichosa cuando están
niveladas las edades.
¡Si vinieras á la corte!
¡Hay allí tantos galanes,
tan apuestos, tan bizarros...
y de tan claro linaje
como tú... te asombraría
el estruendo de los bailes!
¿Quieres que anuncie á la reina
que en breve irás?

INÉS. No, no, padre...

prefiero mi soledad...
tranquila en ella dejadme.
Cuando nuestro soberano
á su palacio no os llame,
seré feliz los momentos
que me permitais que os hable.

CONDE. Pero un dia llegará
en que los míos se acaben,
y entonces...

INÉS. ¡Oh! No penseis...

CONDE. No quisiera avergonzarte;
mas esto sucederá,
y mis postreros instantes
serán, hija, muy amargos
si aquí sola te quedases.

INÉS. Pues bien; volveré al convento;
así lo quieren las madres.

CONDE. ¿Y no has de tomar estado?

INÉS. Sentiré que no os agrade
el de esposa del Señor.

CONDE. ¿No amas á nadie?

INÉS. (Breve pausa.) A nadie.

CONDE. Cuando un padre cariñoso,
tan solícito y amante
como yo, querida Inés,
tan graves preguntas hace,
ocultarle la verdad
es delito imperdonable.

¿Amas, Inés?

INÉS. Sí, señor...

Os lo negué; perdonadme...
porque hasta mi pensamiento
quisiera que lo ignorase.

CONDE. ¿No es digno de tí?

INÉS. Sí es digno;

fortuna nos hizo iguales;
pero en el fondo del alma
este amor infeliz yace

- para la esperanza muerto...
sólo Dios puede animarle.
- CONDE. ¿Es don Juan?
- INÉS. Sí, padre mio.
- CONDE. ¿Con él de ese amor hablaste?
- INÉS. ¡Jamás, jamás!
- CONDE. ¿Y por qué
te empeñas en que se apague
la llama de tu esperanza?
Acaso don Juan te ame...
- INÉS. Puede ser; pero sin duda,
como yo, ese amor combate.
Sufro, y no acierto, señor,
esta pasión á explicarme.
¡Este amor honesto y puro,
tan hondo, tan entrañable...
es un amor que me asusta!
Amor, sí... de bella imagen;
pero amor acompañado
siempre de augurios fatales.
Mil veces con él soñé,
y en mis delirios tenaces,
he visto el genio del mal
que sobre él sus alas bate...
¡qué de siniestras visiones,
y cuántos lagos de sangre!
- CONDE. Nada temas, hija mia;
en vano será que exalten
tu inocente corazón
esas horribles imágenes.
¡A tu lado estoy! Yo haré
que sombras tan espantables
de tu mente atribulada
huyan por siempre fugaces.
- INÉS. ¡Ah, señor!
- CONDE. Calma tu seno;
el pensamiento distrae...
y déjame que medite...
en los medios de salvarte.

INÉS. La paz me volveis.

CONDE. Adios.

INÉS. El os proteja y me ampare.

(Doña Inés se retira por la izquierda, y sale el Doctor por la galería del mismo lado.)

ESCENA III

EL CONDE y EL DOCTOR

CONDE. Era amor... no me engañé.
 Descubierta queda ya
 la causa de sus tristezas...
 el cielo hará lo demás.
 ¿Vos aquí, Doctor amigo?
 En muy buen hora llegais.
 Acabo en este momento
 con mi pobre Inés de hablar...
 ¡Si supiérais!...

DOCTOR. Yo, señor,
 tambien hablé con don Juan.

CONDE. ¿Habeis hablado con él?
 Sois, Doctor, muy eficaz.
 ¿Y con vos estuvo franco?
 ¿Os ha dicho la verdad?

DOCTOR. Sí, señor.

CONDE. ¿Conque tambien
 enamorado estará?

DOCTOR. No, señor Conde.

CONDE. ¡Qué escucho!
 ¿Está exento de ese afan
 su corazon?

DOCTOR. Tal parece...
 (¡Que sea en esto falaz,
 los cielos me lo perdonen!)

CONDE. Mas, ¿qué os dijo? Hablad, hablad.

DOCTOR. Señor, en esta cuestion
 no puedo deciros más,
 sino que le hallé tranquilo,

- contento en su soledad,
y aquel proyecto de viaje
muy dispuesto á realizar.
- CONDE. ¡El de Roma!
- DOCTOR. Conde, sí...
Y su decision es tal,
que permiso y bendicion
pronto á pedirlos vendrá.
- CONDE. ¿Pues cuándo piensa dejarnos?
¿Tan pronto quiere marchar?
- DOCTOR. Mañana, al romper el alba,
el camino emprenderá.
- CONDE. ¡Vive Dios que me sorprende
proceder tan singular!
¿Resolverse á tal empresa
con tanta celeridad?
- DOCTOR. No os olvidéis que pensaba
en ella seis meses há.
- CONDE. Pero ayer nada me dijo;
silencio guardó tenaz,
por más que yo me propuse
su intencion averiguar.
Esto, Doctor, ya lo veis,
es raro, y á la verdad,
más visos tiene de fuga
que de vocacion formal.
- DOCTOR. ¿Quién sabe lo que encerrado
en su corazon habrá?
Presumo que habló conmigo
con ámplia sinceridad,
y yo, señor Conde, os puedo
en nombre suyo afirmar,
que de esta su decision
nada hay que le vuelva atrás.
- CONDE. No seré yo el que lo intente;
si es su gusto, vaya en paz,
y Dios no le tome en cuenta
los duelos que va á causar.
- DOCTOR. ¿Pues qué, doña Inés...?

CONDE.

Conmigo

á despedirle saldrá.

Doña Inés á don Juan ama
con amor tan fraternal,
que pedirá á Dios le colme
de eterna felicidad.

Esto á don Juan le direis
si de Inés os llega á hablar.

Decidle á más que le envío
mi bendicion paternal,
y que al alba su partida
arreglada quedará.

(¡Pobre Inés, tu pensamiento
soñó con la realidad!)

(Váse por la izquierda.)

ESCENA IV

EL DOCTOR

DOCTOR.

Mentí por la vez primera;
con él no he sido leal...
pero la conciencia mia
tranquila por ello está.
¿Cuál era mi obligacion
en este lance fatal?
¿Cómo decirle la causa
por que se aleja don Juan?
Toda una vida de glorias
y de nobleza sin par,
¿hay corazon que se atreva
á henchir de angustioso afan?
¿Cómo decirle al buen Conde,
tan caballero... ¡voto á...!
un villano seductor,
atropellando tu hogar,
te ha ultrajado!... ¡Deshonradas
tus nobles canas están!
¡Oh! Que por siempre lo ignore...

le mataria el pesar.
 Mas no es posible que en ella
 quepa tanta liviandad...
 tan modesta y candorosa...
 tan pura y angelical...
 Cierto que es aquella prenda
 elocuente por demás...
 pero será algun enredo...
 no sé, no sé qué pensar.
 Si es enredo, lo ha formado
 la astucia de Satanás.

ESCENA V

DOÑA INÉS y EL DOCTOR

INÉS. ¡Ah! Doctor...

DOCTOR. Señora mia...

INÉS. ¿Qué es lo que acabo de oír?
 ¿Es cierto que va á partir?

DOCTOR. Mañana, al romper el dia.

INÉS. ¿Por qué tan pronto?

DOCTOR. No sé.

INÉS. Doctor, ¿me habeis engañado?
 Vos con él habeis hablado,
 y os habrá dicho el por qué.

DOCTOR. ¿Eso imaginais?

INÉS. ¿Pues no?
 Sospecho que me ocultais...

DOCTOR. ¿Y el por qué no adivinais?

INÉS. ¿Cómo he de saberlo yo?

DOCTOR. Pues yo, señora, creia,
 por ser de grave interés
 el caso, que doña Inés
 mejor que yo lo sabria.

INÉS. Mejor que vos...

DOCTOR. Claro está;
 ¿no sois de su amor la llama?

INÉS. ¡Me ama don Juan! ¡Me ama!

- Entonces, ¿por qué se va?
- DOCTOR. Eso no oireis de mi boca.
Obró en ello con razon.
- INÉS. Me llenais de confusion,
y hareis que me vuelva loca.
Si va á ser su amor pagado,
¿por qué nos deja? ¿Por qué?
- DOCTOR. Señora, sólo os diré
que es don Juan muy desgraciado.
- INÉS. ¿Quién su desgracia causó,
que al darle tantos pesares
le aleja de estos lugares?
¿Acaso habré sido yo?
- DOCTOR. Ignoro lo que será,
y tambien lo que conviene...
¡Pero, doña Inés, él viene,
mejor que yo os lo dirá!
(Con ella le deajo solo,
mas sin perderlos de vista.)
(Se retira por la izquierda de la galería; don Juan baja
por la derecha.)

ESCENA VI

DOÑA INÉS y DON JUAN

- JUAN. (¡Que bajo ese rostro exista
tanto engaño, tanto dolo!)
- INÉS. Don Juan, en nombre de Dios,
decidme, ¿qué os pasa ahora?
- JUAN. Nada... que vengo, señora,
á despedirme de vos.
- INÉS. ¿Resuelto estais?
- JUAN. Por demás;
de mi idea no me aparto...
- INÉS. ¿Y cuándo...?
- JUAN. Mañana parto.
- INÉS. ¿Y no volvereis?
- JUAN. ¡Jamás!

- INÉS. Las convicciones respeto
en que fundais vuestra idea;
pero no es justo que sea
vuestra partida un secreto.
Os creimos poseer
en calma aquí sin igual...
- JUAN. Doña Inés, creísteis mal;
nada aquí tengo que hacer.
- INÉS. ¡Asómbrame la aspereza
con que á mi voz contestais!
Mirad bien con quién usais
de tan injusta dureza;
si os creimos poseer,
fué, don Juan, porque esperábamos
que á la fe con que os tratábamos
pensábais corresponder.
Aquí de nuestra atencion
constante objeto habeis sido...
- JUAN. Aquí, señora, he perdido
la paz de mi corazon.
- INÉS. Decidme mejor, y acertado
en vuestra queja andareis,
que de calma careceis
porque no la habeis buscado.
- JUAN. Escuchadme, doña Inés,
y guardad en la memoria
esta lamentable historia
para juzgarme despues.
Estábais en el convento
cuando á mis padres perdí;
el vuestro me trajo aquí,
á sus deberes atento.
Yo entonces no conocia
un cariño más profundo
que el de mi madre... ¡En el mundo
mi madre ya no existia!
Me ví solo... El corazon,
de todo solaz exento,
alivio á su abatimiento

buscó en la meditacion.
 Ella en mi socorro vino,
 y tanto logró obligarme
 que decidí consagrarme
 por siempre al culto divino.
 Osé elevar hasta Dios
 mi espíritu y fe cristiana...
 mas de pronto una mañana
 aquí aparecísteis vos.
 ¿Qué magia la vuestra fué
 que me arrancó, solo al veros,
 los pensamientos severos
 que en vuestra ausencia formé?
 Y resistí por demás;
 sufrí mortales desvelos...
 ¡Llamé en mi amparo á los cielos,
 y no me oyeron jamás!
 Vos conmigo... siempre vos,
 á mi lado, sin dejarme...
 ¡Oh! Por vos llegué á olvidarme
 de mi madre y de mi Dios.

INÉS.

¡Ah!

JUAN.

Por lo que habeis oido
 de esta mi devoradora
 fiera pasion... ved, señora,
 lo bien que os habré querido.

INÉS.

¿Qué os escucho?

JUAN.

Y si es tirana
 mi fortuna, ya lo veis...

INÉS.

¡Pero... qué...!

JUAN.

¿Aun no comprendeis
 por qué me alejo mañana?

INÉS.

¡Sí, don Juan, he comprendido!
 De vuestro amor la vehemencia
 luchó con vuestra conciencia,
 y la conciencia ha vencido.
 Entre el cielo y un mortal,
 ¿qué lucha puede existir?
 Cuerdo sois en elegir

- la ventura celestial.
- JUAN. ¿Qué decís? ¡Suplicio eterno!
¡Oh! Mi conciencia no ha sido
la vencedora... ha vencido...
¿No sabeis quién? ¡El infierno!
- INÉS. ¡Don Juan!
- JUAN. Os dije mi historia.
Voy á partir... ¿Una prenda
no me dareis como ofrenda
á nuestra buena memoria?
- INÉS. ¿Que yo no acierte á explicar
el afan que en vos se ve?
¿Prenda quereis? ¿Para qué,
ni qué prenda os puedo dar?
- JUAN. Mil dones teneis... entre ellos
uno muy bello guardais,
la trenza... ¿No recordais?
- INÉS. ¿La trenza de mis cabellos?
- JUAN. La misma; ¿qué decís vos?
- INÉS. Que es un don que no os concedo,
porque entregarlo no puedo
sino á mi padre ó á Dios.
- JUAN. (¿Hay tal traicion?)
- INÉS. Y aunque así
mi propósito no fuera,
tal prenda dar no os pudiera...
No sé dónde está.
- JUAN. ¡Yo sí!
Yo he descubierto ese arcano...
Yo que os guardaba mi fe,
esa prenda la encontré
á un miserable, á un villano...
que alarde hacia, os advierto,
de que enlazado á ella va
vuestro deshonor...
- INÉS. ¡Quién!... ¡Ah!
¿Qué dices, hombre? ¡Me has muerto!
(Se deja caer sobre un sillón.)
- JUAN. Ved ahora ¡vive Dios!

por qué, mujer desdichada,
con el alma desgarrada,
huyo por siempre de vos.

INÉS. ¡Ay!... De su boca lo oí...
¡Horrible... infernal enredo!...
Llorar quisiera, y no puedo...
¿No habrá lágrimas en mí?
No hay ya quien mi honor abone...

JUAN. Tomad, señora, tomad, (Le da la caja.)
y acudid á la bondad
de Dios para que os perdone...

(Da algunos pasos para salir; doña Inés se levanta rápidamente, indicando con la acción el trastorno creciente de sus ideas; don Juan se detiene.)

INÉS. ¡Se va... deshonrada... sí!
¡Nada ya...! Nada en el mundo...
Allá... un abismo profundo...
(Señalando á la galería.)
Me esconderé en él... Así...
ninguno me acusará...
¡Oh!... Cuando vuelva de Roma...
que no me encuentre... ¡¡Ya asoma!!
¡¡Al abismo!!

(Se precipita hácia la galería; el Doctor se le interpone.)

JUAN. ¡¡Adónde va!!

¡Teneos!...

INÉS. ¡Aquí un testigo!

(Retrocediendo con espanto.)

¿Quién eres... qué te hecho yo...?

DOCTOR. ¡Señora!

INÉS. No llegues, no,
que va la muerte conmigo.

JUAN. ¡Inés!!

INÉS. Tu mano me toca...

(Al Doctor que la sujeta.)

Me sujeta en mi despecho...

JUAN. ¡Oh!... ¡¡Dios mio!!

DOCTOR. ¡Qué habeis hecho!

JUAN. Pues qué... Doctor...

DOCTOR. ¡Está loca!

JUAN. ¡Hum!...

INÉS. ¿Loca? Donoso ardid...
mi idea... ¡ja, ja!... mi idea...

DOCTOR. Apartaos... que no os vea...
Venid, señora, venid.
(Se la lleva por la izquierda. Don Juan queda abismado
en un profundo abatimiento.)

ESCENA VII

DON JUAN, despues EL BARON

JUAN. ¿Será verdad...? ¿Engañado
por la apariencia fatal...
habré clavado un puñal
en su corazon honrado...?
¡Oh!... Si tal me sucediera...
¡No!... ¡No habria para mí
piedad!...

BARON. (Sale.) Don Juan...

JUAN. ¡Vos aquí!

BARON. ¿Qué os affige? ¿Qué os altera?

JUAN. Lo vais al punto á saber,
Baron, porque iba á buscaros.

BARON. Mucho me place evitaros
ese importuno quehacer.

JUAN. Hoy mismo, á una dama, vos,
en este lugar sagrado,
habeis torpe deshonado...

BARON. ¿Torpe decís? ¡Vive Dios!

JUAN. Infame y torpe ha de ser,
y engendro vil de traidores,
quien publica los favores
de una infelice mujer...

BARON. Mal estais con vuestra vida
cuando así me denostais...
¡Cómo! ¿Aterrarme pensais
con ese acento homicida?

me llama!... ¡Dejadme ya!
¡Sobre mí pesando está
la maldicion del Eterno!!

(Sube por la derecha de la galería. El Conde y el Doctor le siguen.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Decoracion cerrada; puerta en el foro y dos laterales; la de la izquierda está cerrada

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR y UN CRIADO

- DOCTOR. ¿Cómo dejais á don Juan?
CRIADO. En un estado angustioso.
DOCTOR. ¿No conoce á nadie?
CRIADO. A nadie.
Ríe... canta... habla de todo...
y en un acceso violento
ha vuelto á entrar hace poco.
DOCTOR. ¿Quién hay con él?
CRIADO. Dos criados
y Lopez, el mayordomo.
DOCTOR. ¿Ha dormido?
CRIADO. Hace dos dias
que no ha cerrado los ojos.
DOCTOR. (Paseándose y hablando consigo mismo.)
La fiebre avanza... se encuentra
en sus primeros períodos,
y es fuerza impedir que llegue
á su entero desarrollo...
Hay que echar mano al momento

de los remedios heróicos.

(Abrese lentamente la puerta de la derecha; doña Inés asoma la cabeza con desconfianza, y al ver á los que están en la escena, la retira, cerrando violentamente las dos hojas de aquella.)

INÉS.

¡Ah!

DOCTOR.

¿Qué es ello?

CRIADO.

Doña Inés...

DOCTOR.

Idos ya; dejadme solo,
porque afuera no saldrá
mientras me vea con otro.
Le direis al señor Conde
que por aquí venga pronto,
pues le quiero consultar
un proyecto, á ver si logro...

CRIADO.

¿La curacion de los dos?

DOCTOR.

Eso al menos me propongo.
(Váse el Criado por el foro de la derecha.)

ESCENA II

EL DOCTOR

DOCTOR.

Mucho en la ciencia confío
y en el Todopoderoso...
Es bueno que Doña Inés
no me mire con asombro,
y que sólo á mí se acerque
á la vez que huye de todos.
De esta manera hacer puedo
el estudio por mí propio,
y aliviarla en su dolencia
segun lo que observo y toco.
Veamos cómo hoy está...
(Se acerca á la puerta izquierda y escucha.)
Bien; tranquila; no la oigo...
No quiero entrar, porque así
provocar puedo su enojo. (Llama.)
«Soy yo... vuestro amigo, Inés;

el que os defiende animoso.»

Ya viene... «Todos huyeron;
nadie verá vuestro rostro.»

(Doña Inés abre la puerta; desde ella registra detenidamente la escena, y sale revelando en el desaliño de su traje y cabellos la enajenación mental que padece.)

ESCENA III

DOÑA INÉS y EL DOCTOR

INÉS. ¿Se fueron ya? ¿Se fueron? ¡Qué crueles!
 ¿No sabes lo que el hombre ese quería?
 ¡Mi tesoro llevarse... mi tesoro!...
 ¡Ese que prueba la deshonra mía!

DOCTOR. Pero ya se alejó.

INÉS. Porque á mi puerta
 velando estabas tú... Por eso un ángel
 á su entrada hay también del paraíso,
 y al rojo brillo de su ardiente espada
 los malvados se alejan de improviso.

DOCTOR. ¡Es verdad! ¡Es verdad!

INÉS. Pues esta noche
 al ángel quise ver. Yo caminaba
 entre espesas tinieblas... vacilando...
 pero el viento adelante me empujaba.
 Atravesé después una pradera,
 y en el fondo... de estrellas coronado,
 al ángel descubrí... ¡Qué hermoso era!
 El ala recogida,
 gallardo el continente...
 noble y pura la frente;
 en rizos mil partida,
 y al aire sacudida,
 la negra cabellera...
 modesta la mirada...
 modesta, sí, pero también severa.
 ¿Me dejarás pasar? No, desdichada,
 dijo en doliente son. No hay quien abone

tu virtud en la tierra... A Dios acude,
y su inmensa bondad que te perdone.
¿Que me perdone, oíste? Soy culpada...
¿De qué? ¿Te acuerdas tú?

DOCTOR. ¿Quién? ¿Vos? De nada.

INÉS. ¡Oh! Sí; que él me lo dijo, y no mentia;
sus alas agitó... y una mirada
dejándome al pasar... triste, sombría...
tendió su raudo vuelo al Mediodía...
y á Roma se partió.

DOCTOR. Pero muy pronto
de Roma volverá...

INÉS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Nunca!
Me lo dijo al romper el aire vago...
«¡Yo soy el ángel vengador del cielo!
Conmigo van la muerte y el estrago...
y á tí no he de volver...» ¡Y lo ha cumplido!
Por siempre huyó de mí...

DOCTOR. Porque ofendido
de vuestro amor entonces estaria...

INÉS. ¡De mi amor! ¡De mi amor! Si le adoraba
con toda el alma mia.

DOCTOR. Pues bien; por eso el ángel ha querido
de esa pasion la sin igual pureza
probar en el crisol de sus enojos,
y despues coronar su fortaleza.

INÉS. ¿Despues? ¿Cuándo es despues?

DOCTOR. Tal vez mañana...
hoy acaso...

INÉS. No hay luz para mis ojos...
no te entiendo...

DOCTOR. Imposible; siempre hablamos
tan de prisa... parece que del tiempo
la carrera veloz apresuramos...
Más calma...

INÉS. No te enojés... Si me dejas,
á buscarme vendrán, y mi tesoro
se llevarán sin escuchar mis quejas.

DOCTOR. No será estando yo; no, por mi vida.

y huyó de mí veloz, al reino oscuro
de las sombras bajé. De su recinto
no es posible salir... Yo lo procuro...
Pero hay un intrincado laberinto
donde siempre mi planta va perdida.
Avanzo, cruzo, vuelvo, y jamás hallo
con tanto afán la senda de la vida!

DOCTOR. Vendrá á mostrarla...

INÉS. ¿Quién?

DOCTOR. ¿Qué duda tiene?

El ángel salvador.

INÉS. ¿A que no viene?

DOCTOR. ¿Qué haríais si de pronto apareciera
alli...?

INÉS. ¿Dónde?

DOCTOR. Hacia allí...

INÉS. (Avanza hacia el sitio que señala el doctor; se para y lo
contempla con avidez breves instantes.)

¡Nada... no hay nada!...

DOCTOR. Pero bien... Si le viérais...

INÉS. Besaría

las orlas de su manto arrodillada...

Perdon le pediría...

DOCTOR. Llorando, ¿no es verdad? Conmueven tanto;
son tan dulces las lágrimas...

INÉS. Quisiera

poder llorar...

DOCTOR. ¡Sí, sí!

INÉS. Porque ese llanto

aplacará su enojo... ¿Y si no puedo?

DOCTOR. ¿Qué no habeis de poder? Vos tan piadosa...
tan tierna y cariñosa...

INÉS. ¡Qué poco me conoces! En mi seno
una roca hallarás, que es imposible
que desgasten las lágrimas...

DOCTOR. Sí, bueno;

las olas de la mar, las rocas baten...

INÉS. ¿La mar? Nunca la he visto... Será bella...

Pero... ¿Oíste?... ¡Ya vuelven!... ¡Dáles oro!!

DOCTOR. No temais, porque estoy á vuestro lado.

INÉS. ¡No, no! ¡Que me arrebatan mi tesoro!

(Entra velozmente por la izquierda y cierra la puerta.
El Conde aparece en la del foro.)

ESCENA IV

EL CONDE y EL DOCTOR

CONDE. ¿Lo mismo?

DOCTOR. Lo mismo, sí;
muy lentamente se gana
terreno.

CONDE. ¡Pobre hija mia!
¡Y huye de mí!... ¿Qué os hablaba?

DOCTOR. Lo de siempre; su manía
está bastante arraigada;
esos continuos temores
que de improviso la asaltan,
su curacion y aun su alivio
penosamente retardan.

CONDE. ¿Y qué tiempo se os figura
que tendremos que llorarla
en ese estado?

DOCTOR. Señor...
esta dolencia son tantas
las variaciones que sufre,
y tan violentas y raras,
que á señalarles medida
nuestro cálculo no alcanza.
Por los síntomas de hoy,
el estado de mañana
no es fácil pronosticar...
En una hora se cambian,
y á los síntomas primeros
otros al punto reemplazan.

CONDE. ¿Conque no hay remedio?

DOCTOR. ¡Oh! Sí;
no hay que perder la esperanza.

La enfermedad hasta ahora
no toma vuelo; se halla
en su estado primitivo;
no retrocede ni avanza.
Con doña Inés he logrado,
con grande paciencia y maña,
y en fuerza de observaciones,
muy lisonjeras ventajas.
Lo primero he procurado
inspirarle confianza;
en nada la contrario;
y cuando descarriada
su imaginacion advierto,
consigo sin violentarla
que su pensamiento aparte
de la idea que la exalta.
Tambien ha disminuido
el torrente de palabras
con que agitada estos dias
sus afectos expresaba...

Todavía se apresura
y con poco se arrebatata...
Pero, no hay duda, la encuentro
más predispuesta á la calma.
Ya veis... Esto es favorable...

CONDE. ¡Salvadla! ¡Doctor! ¡Salvadla!

DOCTOR. Conoceis el interés
que me inspira vuestra casa,
y que por demás me aflige,
señor Conde, esta desgracia.

Cuanto la ciencia aconseja
y el pensamiento recaba,
todo, señor, bien lo veis,
al punto se pone en práctica.
Confío... De todos modos
la curacion será larga.

CONDE. ¿Qué me decís? ¡Infelices!
¡Eso, Doctor, me anonada!...
Y en tanto, ¿quién me asegura,

hallándose tan lejana,
que no quedará por siempre
su razon de luz privada?

DOCTOR. Eso despues lo veremos;
la lucha puede agravarla,
y tambien á consecuencia
de ella quedar despejada.
Yo tengo más fe que vos...
Es muy natural el ansia
que sentís... pero no veo
tan perdida la batalla
que sea fuerza volver
al enemigo la espalda.

CONDE. Lo decís por animarme...

DOCTOR. Os lo digo con el alma;
y de la propia manera
mi opinion os revelara
si lo viera de otro modo.
Vos teneis fuerza sobrada
para sufrir los dolores
que el alto cielo nos manda;
conque no espereis que os trate
como se trata á una dama.

CONDE. La vida me dais...

DOCTOR. Hoy tuve
una idea... y consultarla
quisiera con vos...

CONDE. Sí, sí...
De vuestra parte Moncada
me dió el recado, y anhelo
saberla...

DOCTOR. Si coronara
esta idea la fortuna,
la victoria se ganaba.

CONDE. Esperais...

DOCTOR. Sí; mucho espero,
mas no os aseguro nada...
Si venzo, la curacion
sería entonces tan rápida,

que muy pronto...

CONDE. ¿Cuándo? ¿Cuándo?

DOCTOR. Puede ser que hoy se lograra.

CONDE. ¿Hoy decís... amigo mio?

La idea... ¡Pronto! Explicádmela.

DOCTOR. Se han visto casos muy raros
en ocasiones análogas.
Suele de esta enfermedad
una impresion ser la causa,
y otra impresion tambien suele
radicalmente curarla.

El tino está en escoger
la impresion más acertada,
buscar la oportunidad
y saber aprovecharla.

CONDE. ¿Y vos habeis encontrado...?

DOCTOR. Tal vez... Es algo arriesgada,
pero, en mi opinion, debemos
á todo trance probarla...

CONDE. ¿Es muy fuerte? ¿Morirán
si quedase malograda?...

DOCTOR. No lo espero; á más, me fundo
para querer ensayarla,
en la historia de uno y otro
y el estado en que se hallan.
A los dos una afeccion
moral y estrecha enlaza;
ambos por fin descubrimos
que ardientemente se aman.
Cierto que á nadie conocen;
pero los dos, cuando hablan,
se recuerdan bajo formas
y condiciones variadas;
desde la noche fatal
en que ocurrió la desgracia,
no se han visto... Si de pronto
frente á frente se encontraran,
la impresion tal vez seria
algo fuerte, pero grata.

- Quién sabe lo que dirán.
Si se conocen y hay lágrimas...
vencimos... Esta es mi idea,
señor, ¿quereis realizarla?
- CONDE. Pero, si no se conocen...
si don Juan á Inés maltrata...
- DOCTOR. ¡Oh! De eso yo os aseguro...
¿Qué es de don Juan?
- CONDE. Ahora acaba
de sufrir un nuevo acceso,
y aletargado descansa.
- DOCTOR. Oportuna es la ocasion...
¡Ea, Conde, confianza!
¿Quereis que traiga á don Juan?
- CONDE. ¿Sin que del letargo salga?
- DOCTOR. Pues claro está.
- CONDE.: ¡Dios os guíe!
¡Haced, Doctor, lo que os plazca!
- DOCTOR. Pues en el nombre de Dios,
que comprende nuestras almas,
acometamos la empresa
con ánimo y fe cristiana.
(Váse por la derecha del foro.)

ESCENA V

EL CONDE

- CONDE. ¡Él corone los deseos
que abrigamos en favor
de esos desgraciados séres
que un momento abandonó!
¿Qué hará mi Inés? Voy á ver,
aunque aumente mi dolor,
si desde aquí la descubro...
(Entreabre la puerta con cuidado y mira.)
¡Hija de mi corazon!
¡Quién pensara que te vieras
como te contemplo yo!

Sentada en el pavimento...
 escondida en un rincon...
 tú, mi noble y casta Inés...
 de tu padre hermoso honor...
 ¡Tan azorada te miro
 y en tan grave postracion!
 ¡Pero, cielos, ya le traen!
 ¡Oye mis votos, Señor!
 ¡Ampáralos!... ¡Ambos sean
 felices... y muera yo!

(En un sillón de brazos ó en un lecho portátil sacan varios criados á don Juan, que viene aletargado, y le colocan en lugar conveniente de la escena.)

ESCENA VI

DON JUAN, EL CONDE, EL DOCTOR y CRIADOS

DOCTOR. Aquí... Colocadlo aquí...
 ¡Mucho cuidado, por Dios!
 Así está bien. Retiraos,
 y estad prontos á mi voz.
 (Se retiran los criados cerrando la puerta del foro.)
 Vos, Conde, á aquel aposento,
 (Señalando á la derecha.)
 donde estaremos los dos.
 (Lo hace el Conde.)
 Llamemos a Inés ahora...
 (Tocando en la puerta izquierda.)
 ¿Inés? El ángel volvió.
 (Dirigiéndose á la derecha.)
 Llegó el momento de prueba...
 Me pondré en observación.
 (Entra y entorna la puerta.)

ESCENA VII

DOÑA INÉS y DON JUAN

(A fin de evitar el crecido número de acotaciones que sería necesario para señalar el gesto y la acción de los actores que desempeñan esta escena, se deja á su buen juicio la interpretación de los afectos y contrastes convenientes á la situación. Únicamente se pondrán las que se consideren como indispensables. Inés sale de su cuarto; se para de repente, y retrocede mirando al sitio donde descansa don Juan.)

INÉS. ¡El ángel! ¡Hum! ¿Qué es esto? ¡El ángel dijo!
¿Y la luz de su frente? No la advierto...

(Se adelanta con precaución.)

¿Se habrán sus alas roto? Bien pudiera...

Es verdad... ¡Es el ángel! Pero... muerto...

Como yo su cabeza... Esa cabeza

que torrentes de llama despedía,

para siempre dobló... ¡Pobre alma mía!

Y bien... Ya somos dos... No me fatigo,

ni temo á los traidores... En buen hora,

que vengan. ¡Oh! ¡Ya está el ángel conmigo!

(Contemplándole cariñosamente.)

Yo animaré tus ojos... De tu gloria

á brillar volverán los resplandores...

Yo en torno tuyo cantaré mi historia...

Tu blanca sien coronaré de flores.

¿Y no me dejarás, no? Siempre juntos

como ahora... ¿verdad?

(Don Juan hace un brusco movimiento, y doña Inés huye espantada á un extremo de la escena.)

¡Ah! ¡Todavía!

conmigo está enojado!

JUAN.

(Volviendo de su letargo.)

En Roma... en Roma...

sí... ¡Qué fatigado!

Aquí de mis delitos

la mancha lavarán... grande, muy grande...

mayor que la de todos los precitos!

Yo soy el Dios del crimen... Sí; por cierto...

Ya estaba muerto aquel... y mi coraje
otra vez le mató... Dos veces muerto... (Ríe.)

(Gira la vista en torno, repara en Inés y se incorpora violentamente.)

¡Otra vez! Esta sombra... esta fantasma,
¿creerá que el valor mio
con su vision fatídica se pasma?

¿No te he dicho otra vez que no me sigas?

¿Que á todas horas con tu ceño airado,
con tu errante pisada me fatigas?

INÉS. Pues dáme tu perdon...

JUAN. ¡Yo no perdono!

Ven acá, ven acá...

INÉS. ¿No me harás daño?

JUAN. ¿A tí? ¡Va! Para tí no guardo encono.
Si fueras el traidor... ¡oh!... le he matado
una vez... y otra vez... y todavía
si en el polvo en que yace destrozado
se volviera á animar... le mataria.
Pero... no temas tú... ponte á mi lado.

(Se acerca Inés.)

¿Por qué me sigues, dí? Yo muchas veces
te he visto... más lejana y vaporosa,
más leve... por los aires conducida...
entonces... ¿lo creerás? te tuve miedo...

INÉS. ¿Tuviste miedo?

JUAN. ¡Calla! ¿No te he dicho
que tu risa quebranta mi denuedo?
De la noche en las auras te mecias,
y volando en redor y revolando...

(Llevándose la mano á la frente.)

sobre esta inmensa hoguera...
ora tu manto de crespon tendias...
ora creciendo hasta salvar las nubes
en ligero vapor te convertias.

Ahora... estás más bella... ¿Quién te ha dado
tantas formas... poder tan infinito...?

¿Mi sombra no eres tú?

- INÉS. ¿No eres tú el ángel?
- JUAN. ¿El ángel? Es verdad... ángel maldito que del cielo cayó.
- INÉS. También del cielo...
y en noche bien oscura, me arrojaron:
- JUAN. ¿Y en pena estás aquí? ¿Cruzas el suelo buscando un brazo fuerte que los lazos que al suelo te sujetan fiero rompa y te deje partir? Hé aquí mis brazos; de hierro son... do quiera los aplico brota sangre á torrentes... Mira, un día... no... no... que era una noche... á mí un villano, un traidor... un aborto del infierno hipócrita llegó... metió su mano aquí en mi corazón... le dió tortura... después jugó con él... y yo, irritado, el suyo atravesé... Cayó bañado en su sangre el traidor... y aun ¡se reía! Entonces, de estos brazos ayudado, al viento le arrojé... y en una sima para siempre se hundió. ¡No! Nadie vino á salvarle... se hundió... bajó sembrando con sus tronchados miembros el camino. ¿Qué dices de mi fuerza? La daría por asirle otra vez...
- INÉS. ¡No! que tus brazos los necesito yo... Tengo un tesoro... y á quitármelo vienen cada día. Tú oponerles sabrás tu audacia fiera...
- JUAN. ¿Dónde están? ¿Quiénes son? Dime que hiera, y con presteza suma verás á la ancha herida asomarse y brotar la roja espuma.
- INÉS. ¡Qué bien vamos á estar! Cuando aquí sola de la vista de todos me escondía al más leve rumor... á un ¡ay!... á un eco... de terror... de terror me estremecía. Te merezco un gran bien... te soy deudora, quien quiera que tú seas... de la calma

que este mi seno experimenta ahora.

Solo resta á mi afan... ese lejano
eterno murmurar que me anonada...

¡Cómo llegan sus ecos á mi oído!

¿Lo oyes? ¡Deshonrada! ¡Deshonrada!

JUAN. ¡Deshonrada! ¿Quién habla de deshonra?

¿Dónde está mi furor? ¡Torpes mentiras!

¡Quién soy conoceis ya! ¿No os extremece
todo el poder de mis tremendas iras?

(En actitud de escuchar.)

INÉS. Sí... sí... porque se alejan... ya se apagan...

Ya el murmullo cesó... ya me han dejado
respirar libremente... ¡Si supieras
cuánto lejos de tí me han acosado!

Ya me ves... sin defensa... triste... sola...
porque él me abandonó; ¡quién lo diría!

JUAN. ¿Quién es él?

INÉS. ¿Dices quién! El ángel era;

el que guardaba la esperanza mia.

Me dejó... me dejó... Sin él me vieron,

y esa prole, de crímenes sedienta,

á mí se abalanzó, gritando ronca...

«¡Impura...! á Dios tu liviandad afrenta...»

¿Qué decís?—La verdad—me contestaron.

¿Pruebas quieres? Sí, sí; mi afrenta ignoro...

y una prueba á mis manos arrojaron...

¿La quisieras tú ver? Es mi tesoro...

JUAN. ¡Sí... sí! Dámela al punto...

INÉS. Espera... espera...

JUAN. ¿Dónde vas?

INÉS. Está aquí... calla y vigila.

(Entra en la habitacion de la izquierda.)

JUAN. ¿Quién aquí ha de venir, si de mis ojos

hasta las fieras huyen? ¿Quién no teme

el hirviente volcan de mis enojos?

(Sale Inés ocultando la caja que guarda sus cabellos, y re-
catándose mucho.)

INÉS. ¿No hay nadie? ¿No vendrán? Aquí la tengo...

Pero, ¿y si alguno al enseñarla asoma?

- JUAN. Le mataré...
- INÉS. Pues bien; ¿la prenda quieres que origen es de mi vergüenza? ¡Toma!
(Le presenta la caja; don Juan se la arrebató y contempla con avidez.)
- JUAN. ¡Rayo de Dios! Qué es esto...
- INÉS. Los impíos dicen que ahí va mi deshonor.
- JUAN. (Abriendo la caja, hondamente agitado.)
¡La trenza de sus cabellos!
- INÉS. ¡Sí... cabellos míos!
- JUAN. ¡Los tuyos! ¡Son los tuyos! ¡Inés mía!
¿Dónde estoy? A su lado, en su presencia...
Pero... nada me dices... yo te adoro...
y adoro tu virtud y tu inocencia...
(El rostro de doña Inés ha tomado una expresión de inefable placer; el Conde y el Doctor salen por la derecha.)

ESCENA VIII

DOÑA INÉS, DON JUAN, EL CONDE y EL DOCTOR

- DOCTOR. ¡Don Juan!
- JUAN. Aquí el Doctor... también el Conde...
- DOCTOR. ¡Idos... idos...!
- JUAN. ¿Por qué? ¡Si está tan bella!
- DOCTOR. ¡La matais si habláis más! Por Dios, dejadme un instante no más solo con ella.
(Apoyado en el Conde, se retira por el fondo. Doña Inés al ver que se aleja, expresando la posible angustia, quiere seguirle.)

ESCENA IX

DOÑA INÉS y EL DOCTOR

- INÉS. ¡Qué! Me deja...
- DOCTOR. No, señora.
- INÉS. ¿Qué decía?

DOCTOR. Que sois pura.
 INÉS ¿Sí?
 DOCTOR. Don Juan os lo asegura,
 y más que nunca os adora.
 INÉS. ¡Ay de mí! (Enternecida.)
 DOCTOR. ¡Por Dios, llorad!
 INÉS. Tengo el alma tan herida...
 DOCTOR. ¡Llorad, que nos dais la vida!
 INÉS. ¡Ay... Doctor! (Cayendo en sus brazos.)
 DOCTOR. ¡Dios de bondad!
 (Con entusiasmo y colocándola en un sillón.)
 ¡Me conoce! ¡Ya hay razon!
 ¡Bien, bien! ¡Sollozar la escucho!
 Sí, doña Inés; llorad mucho,
 desahogad el corazon...

ESCENA X

DOÑA INÉS, EL DOCTOR y EL CONDE

CONDE. ¿Qué dice? ¿La estais hablando?
 DOCTOR. Silencio... callad... callad...
 ¡Se ha salvado!
 CONDE. ¡Eso es verdad!
 ¡Hija mia!
 DOCTOR. ¡Está llorando!
 Respetemos su fatiga...
 CONDE. Pero... ¿me engañó el oido?
 DOCTOR. No, Conde; me ha conocido.
 CONDE. ¡Ah, Doctor! ¡Dios os bendiga!
 (Abrazándole estrechamente.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardin

ESCENA PRIMERA

EL CONDE y EL DOCTOR

- DOCTOR. Ha sido muy acertado
dejar la antigua vivienda,
que tanto acontecimiento
desagradable recuerda
á nuestros pobres dementes,
y reemplazarla con esta.
- CONDE. En todo sigo, Doctor,
las insinuaciones vuestras,
y cada vez más me alegro
de obedeceros á ciegas.
- DOCTOR. Vuestro interés, señor Conde,
es sólo el que me aconseja,
y hasta ahora, ya lo veis,
no vamos por mala senda.
- CONDE. Habeis tenido un acierto
que os honra sobremanera.
Os debo más que la vida,
y perdonadme que vuelva
á ofreceros otra vez
cuanto en mi casa se encierra,
cuanto fuera de ella tengo

y pertenecerme pueda.

DOCTOR. La propia satisfaccion
por el triunfo de mi ciencia,
vuestra amistad y cariño,
me bastan por recompensa.
Lo demás todo me sobra,
pues mi ambicion sólo llega
á desear que aquí reine
la ventura más completa.

CONDE. Y reinará... Ya pasó
el furor de la tormenta,
y de la bonanza el iris
sus bellos colores muestra;
porque, ¿es verdad que los dos
en buen estado se encuentran?
¿Que ya no hay miedo?

DOCTOR. Ninguno.

Esa vaguedad incierta...
esa calma tan glacial
que á veces experimentan,
de lo mucho que han sufrido
son forzosa consecuencia.
Son restos... y lograremos
que en breve desaparezcan.
¡Si hubiérais visto á don Juan,
al despertarse en la nueva
estancia, cuán animado
se puso al ver la floresta!
Abrió todas las ventanas
y contempló la belleza
del dilatado vergel
del sol á la luz primera.
«¡Hermoso, hermoso!—decia.—
¡Qué delicada es la esencia
de estas flores! ¡Oh, qué luz
tan clara, limpia y serena!
¡Qué perfume el de estas auras!
¡Qué trinos en la arboleda!
¡Qué fuentes!... ¡No falta más,

para que esto un Eden sea,
que el verde césped conozca
de mi Inés la blanda huella!»

CONDE. ¡De su Inés!

DOCTOR. Así la llama;
de preguntarme no cesa
cuándo la verá...

CONDE. Que trate
de asegurar su cabeza,
y ya hablaremos despues.

DOCTOR. Pero, señor...

CONDE. Dudó de ella...
y sabeis que los pecados
se lavan acá en la tierra.

DOCTOR. Con el arrepentimiento...

CONDE. Y á más con la penitencia.

DOCTOR. Vuestro corazon abriga
una piedad tan inmensa...

CONDE. Amo á don Juan como á Inés,
mas su fatal ligereza
me ha penetrado en el alma.
Además, aunque quisiera
olvidarla, sabe el rey
aquella terrible escena
entre don Juan y el Baron,
y dice, y en elló acierta,
que quien por vengar su dama
á tales extremos llega,
mejor que para los cláustros
servirá para la guerra.

Conque ya veis... La campaña
de Portugal está abierta,
y espero que pronto el rey
lo conveniente resuelva.

DOCTOR. Está bien; su majestad
adquiere por esa cuenta
una espada que estará
pronta siempre á su defensa;
mas puede que doña Inés

opine de otra manera.

CONDE. Doña Inés de lo pasado
confusamente se acuerda
y además, es hija mia;
mi queja será su queja.

DOCTOR. (No insistamos.) ¿Y por qué
la teneis con sus doncellas,
del palacio en un extremo,
sin permitirle que venga
á gozar de la frescura
de esta mansion tan amena?

CONDE. ¡Yo! ¿Creeis que convendrá?...

DOCTOR. ¡Pues no! Traedla, traedla;
que se distraiga; las flores,
el arroyo que serpea...
ejercen sobre estas almas,
tan delicadas y tiernas,
maravilloso poder
y saludable influencia.

CONDE. Por ella voy al momento.

DOCTOR. Ya vereis cómo se alegra.

(Se retira el Conde y sale don Juan por la parte opuesta.)

ESCENA II

DON JUAN y EL DOCTOR

JUAN. ¡Qué enojado está conmigo;
al acercarme se aleja!
Le he llenado de amargura;
le inspiro horror, me detesta.

DOCTOR. Eh, ¿qué hablais? Si no os ha visto;
ignoraba que tan cerca
estuviérais... porque os cree
cerrado en la estancia vuestra.

JUAN. Está bien; de todos modos
son muy justas mis querellas.
Estuve enfermo, postrado,

- y en una semana eterna
le he visto nó más un día...
mi salud no le interesa.
- DOCTOR. No seais con él ingrato;
durante vuestra dolencia
ha estado tan afligido
cual si vuestro padre fuera.
Ya estais mejor... no extrañeis
esa prudente reserva...
A la noble doña Inés
juzgásteis por la apariencia...
- JUAN. ¿Y no basta lo sufrido
para lavar esa ofensa?
- DOCTOR. Conoceis de nuestro Conde
la suma delicadeza,
y es de creer que os impondrá,
aunque leve, alguna pena...
- JUAN. Y yo sabré resignado
cumplirla... como no sea
la de estar lejos de Inés...
porque eso me desespera.
- DOCTOR. Pues de eso no más se trata.
- JUAN. Pues ¡vive Dios! que se empeña
en mal asunto. No puedo
así vivir... aun fermentan
en mi corazon las iras
de la pasada tormenta,
y atropellaré por todo
si no me permiten verla.
- DOCTOR. Y bueno, ¿qué lograreis,
don Juan, con esa violencia?
- JUAN. Verla y estar á su lado,
y contemplar su modesta
angelical hermosura.
- DOCTOR. ¿Y estais muy seguro que ella
aprobará que falteis
á las órdenes expresas
del Conde?
- JUAN. Pues si ya sabe

que la adoro con inmensa,
inextinguible pasion...

(Como consultando su memoria.)

Sí... sí... lo sabe... esta idea

quedó siempre fija en mí.

Despues de una lucha horrenda

para ocultarle mi amor...

debilitadas mis fuerzas,

rompí una noche los lazos

que sujetaban mi lengua,

y dije que la adoraba...

DOCTOR. ¿Y recordais su respuesta?

JUAN. ¿Su respuesta?... Es verdad, no...

no me la dió... ni pudiera;

vencida al bárbaro efecto

de mi acusacion violenta,

no dijo más que palabras

cuyo recuerdo me aterra.

DOCTOR. ¿Y bueno...?

JUAN. Pero no importa;

Doctor, tengo la certeza

de que me ama... sí... sí...

callando me dió mil pruebas.

DOCTOR. Entonces; pero despues

dudásteis de su pureza.

JUAN. ¡Cómo! ¿Será tan cruel

que castigarme pretenda

por un delito de amor

que tantos duelos nos cuesta?

Es cierto que procedí

con infernal ligereza;

mas la expiacion, ¿cuál ha sido?

¿No basta? ¿Quiere que muera?

Pues bien, le daré mi sangre,

romperé todas mis venas,

y despues me será igual

que me adore ó me aborrezca.

DOCTOR. Pero dominad un poco

esa irascible fiereza...

- JUAN. No puedo, me es imposible,
me la roban, me exasperan...
- DOCTOR. Ved que con ese arretrato
os alejais de Inés bella.
- JUAN. ¿Qué logro estando tranquilo?
Inés, Inés, quiero verla.
- DOCTOR. Bien, la vereis.
- JUAN. Al momento.
- DOCTOR. No puede ser.
- JUAN. Pues que pueda...
- DOCTOR. Si palabra no me dais
de obrar con calma y prudencia,
don Juan, de vos me separo;
os empeorais y os encierran.
- JUAN. ¿Para qué quiero salud
cuando la vida me pesa?
- DOCTOR. ¿Conque insistís?
- JUAN. No, Doctor;
lo quereis, tendré paciencia;
me calmaré, seré mudo
como una estatua de piedra!
¿Os agrada así?
- DOCTOR. Me agrada.
- JUAN. ¡Pero al menos que la vea!
- DOCTOR. Vamos, esto es otra cosa,
y en cuanto de mí dependa
haré por satisfaceros.
La vereis... mas será fuerza
que aprovecheis la ocasion
y que el Conde no lo sepa.
Con ella aquí bajará;
escondeos en la glorieta,
y en cuanto Inés quede sola
salís, la hablais...
- JUAN. ¡Oh suprema
felicidad!
- DOCTOR. ¡Pronto... pronto!
¿No os lo dije? Ya se acercan.
(Don Juan se oculta entre el ramaje.)

ESCENA III

DOÑA INÉS, EL CONDE y EL DOCTOR

- DOCTOR. Llegue á alegrar en buen hora
este florido verjel
la reina de la hermosura.
¿Cómo os sentís?
- INÉS. Bien... muy bien...
- DOCTOR. Y de firmeza...
- INÉS. Cansada
un poco... me sentaré.
- CONDE. Sí, hija mia, ven al lado
de este frondoso laurel.
¿Qué te parece el jardin?
- INÉS. Hermoso... muy bello es...
- CONDE. Pues todo es tuyo... deseo
que alegre disfrutes de él...
porque quiero verte alegre...
- INÉS. Sí... padre, os complaceré.
- DOCTOR. ¿Y qué tal de animacion?...
- INÉS. De animacion... ya me veis;
cuanto puedo haciendo estoy,
mas... no es grande mi poder.
¡Sueño tanto! Me desvelo,
pasan horas dos y tres...
y al cabo cierro los ojos
para soñar otra vez.
- DOCTOR. Como tan poco salís,
estais débil...
- CRIADO. (Sale.) Un ugiér
de palacio os trae un pliego
que á vos solo...
- CONDE. Sí, ya sé. (Váse el criado.)
¿Quieres quedarte, Inés mia,
ó á tu aposento volver?
- INÉS. Como os plazca. No estoy mal.

DOCTOR. Con ella me quedaré.
 CONDE. Alegradla, distraedla
 en tanto que voy á ver...

ESCENA IV

DOÑA INÉS y EL DOCTOR

DOCTOR. A mi cuidado os confían,
 donosa enferma, conque
 demostrad á vuestro padre
 que yo sé cuidaros bien.

INÉS. Lo sabe ya, buen Doctor,
 lo sé yo, y vos lo sabeis.
 Decidme: ¿si os preguntara
 una cosa, responder
 querríais?

DOCTOR. ¡Por qué esa duda!

INÉS. ¿Qué es de don Juan?

DOCTOR. Doña Inés,
 expresamente prohibido
 nos está hablaros de él.

INÉS. ¿Así lo ha dispuesto el Conde?

DOCTOR. Sí, señora... y es cruel...

INÉS. Basta. Dadme vuestro apoyo...
 á mi estancia volveré.

DOCTOR. ¿Tan pronto? ¿Sin llevar frutas
 ni flores? ¡No puede ser!
 Esperad aquí un instante,
 yo mismo las cogeré...
 (Cuando don Juan se presente
 mudará de parecer.)

ESCENA V

DOÑA INÉS

INÉS. Más duelos... nuevo sufrir...
 Siempre sola... siempre vana
 esa ilusion que me afana...

Mañana... y ese mañana
 no llega. ¡Amar y morir!
 Alumbraron mi razon
 para matar mis amores...
 ¡Ay de mí!... Frutas y flores
 no calman, no, los dolores
 de mi triste corazon.
 Darles un dia esperé
 en la tierra algun consuelo...
 Hoy vuelven á alzar el vuelo...
 Puede que sólo en el cielo
 el premio de ellos esté.
 ¡El premio!... ¿Cuándo será?
 ¡Oh cuán poco el tiempo avanza!
 ¡Si el vivir sin esperanza
 en nuevos males me lanza...
 el cielo me salvará!

ESCENA VI

DOÑA INÉS y DON JUAN

JUAN. (Sola... ¿Qué tardo en salir?)
 INÉS. (Pero... ah, ¡me engaña el deseo!)
 ¿No es don Juan este que veo?
 JUAN. No, señora, que es un reo
 que va su sentencia á oír.
 INÉS. Su sentencia... sí; verdad
 que estais, don Juan, muy culpado...
 JUAN. ¡Pero soy tan desgraciado!
 INÉS. ¡Oh, no os debo oír... callad!
 JUAN. ¡Muy grave ha sido la ofensa!
 Muy enojada estareis...
 mas no me condenareis
 sin escuchar mi defensa.
 INÉS. ¿Vos defensa para mí?
 No os molesteis... os lo pido...
 que os hable me está prohibido,
 y os pueden hallar aquí.

JUAN. Pues que vengan en buen hora;
al cabo tendrán que hallarme;
os ví... y no pienso alejarme
de vuestro lado, señora.

INÉS. ¿Que no, don Juan?

JUAN. ¡No, jamás!

Harta angustia he devorado;
harto he sufrido y callado...
no sufro ni callo más.

Hubo un tiempo en que creia
que esta mi ardiente pasion,
no sé por qué... el corazon
tenerla oculta debia.

Con la vida penitente
creció mi amoroso afan;
rechazó Dios á don Juan,
y se desbordó el torrente.
Bien sabeis cuánto luché;
mas la lucha era imposible,
y en aquella noche horrible
mi pasion os revelé.

Mas tambien saben los cielos
que al llegar á vuestro lado,
estaba, Inés, abrasado,
por la fiebre de los celos.

De Dios os juro á la faz
que ignoraba en tal injuria,
que de tanto enojo y furia
mi seno fuera capaz.

Herí, maté, destruí
en aquel momento aciago...
porque el genio del estrago
iba delante de mí.

Mas vino el castigo en pos,
hiriéndome doblemente...
porque érais vos inocente!
¡Ay... padecí por los dos!
Quedó en tinieblas sumida
nuestra razon... y hasta ahora

nuestra existencia, señora,
 más muerte ha sido que vida.
 Pero el que todo lo alcanza
 desde el solio en que se encumbra,
 nuestra razon hoy alumbrá
 con el sol de la esperanza.
 Él que os hable así dispone...
 Él de este mi afán dolido,
 amante y arrepentido
 delante de vos me pone.
 Hablad en nombre de Dios.
 Sentenciadme sin despecho...
 vos sola teneis derecho
 para alejarme de vos.
 Vos sola, ¿oís? Nadie más;
 á vos sola acataré...
 decid que salga, y saldré...
 para no volver jamás.

INÉS. ¡No... no!...

JUAN. ¡Cielos! ¿Qué he escuchado?
 El perdon me concedéis...

INÉS. ¡Ay, don Juan... no conocéis
 que há tiempo os he perdonado?

JUAN. Corazón noble y amante,
 ángel el más escogido...
 ¡Cómo dudar he podido
 de tu pureza un instante!

INÉS. Callad... callad... no más, no...
 por ello os reconvengais...
 Ya sé, don Juan, que me amais;
 lo demás... se me olvidó.

JUAN. ¡Feliz, celestial momento!
 Qué de goces infinitos...

CONDE. ¡Doctor!... (Dentro.)

INÉS. ¡Cielos!

DOCTOR. (Sale.) Quietecitos.
 (Se dirige á encontrar al Conde.)

ESCENA ÚLTIMA

DON JUAN, EL CONDE y EL DOCTOR

- CONDE. Don Juan no está en su aposento...
Para asunto de interés
le he llamado, y no responde...
- DOCTOR. No lo extrañeis, señor Conde...
porque está con doña Inés.
- CONDE. ¡Cómo! ¿Obedeceis así (Reparando en ellos.)
mis órdenes? En verdad...
- JUAN. Señor Conde, perdonad
si no las obedecí.
Con vuestro enojo contaba;
verlo aplacado queria,
pues sobre el alma tenia
un peso que me abrumaba.
Libre de él aun no quedó:
á doña Inés he implorado...
doña Inés me ha perdonado...
mas no me perdono yo.
Su afecto puro y sincero
es, señor, de tal valía,
que para alcanzarlo un dia
debo ganarlo primero.
Al rey Felipe de España
con vos á rogarle iré
que su permiso me dé
para salir á campaña.
Y cuando en ella reuna
la gloria que Inés merece,
entonces vos... si os parece,
decidireis mi fortuna.
- CONDE. ¿Esto oigo? ¡Bien, don Juan!
Del noble cumplís la ley...
Este pliego os manda el rey.
- JUAN. (Recorriéndolo con la vista.)
¡Me nombra su capitán!

¡Oh, que mi valor se enciende
á honor tal del soberano!...

¿Conque conquistar su mano
de mi bravura depende?

CONDE. Sí; ganareis honra y prez...

JUAN. ¿Me dais vuestra bendicion?

CONDE. Inés os dió su perdon...
y yo os bendigo á mi vez. (Se abrazan.)

JUAN. ¡Ah, señor! Para que venza
y nada mi honor empañe...
¿permites que me acompañe (A Inés.)
de tus cabellos la trenza?

INÉS. Padre... (Como consultándolo.)

CONDE. Está bien, hijo mio;
contigo la llevarás;

no puedo probarte más
lo mucho que en tí confío.

JUAN. ¡Cuán feliz me haceis, señor!
Yo os dejaré bien probado
que no en vano habeis formado
tal concepto de mi honor.
Mi espada rayo seguro
será que hienda y divida;
los enemigos mi vida
respetarán... sí, lo juro,
de Inés por los ojos bellos,
pues de mi seno al abrigo,
al combate irá conmigo
la trenza de sus cabellos.

FIN DEL DRAMA

